

Catalogación en la publicación - Biblioteca Nacional de Colombia

Velosa Ruiz, Jorge, 1949- , autor

Historiando mi cantar : un viaje por la carranga / Jorge Velosa Ruiz ; ilustraciones, Miguel Bustos ; edición, Mauricio Gaviria. -- Primera edición. -- Bogotá : Editorial Monigote, 2024.

432 páginas.

ISBN 978-628-95240-9-3

1. Velosa Ruiz, Jorge, 1949- - Biografías 2. Música carranguera - Enciclopedias 3. Música carranguera - Cancioneros 4. Música carranguera - Historia - Siglos XX-XXI 5. Música folclórica colombiana - Enciclopedias 6. Músicos colombianos - Siglos XX-XXI - Biografías I. Bustos, Miguel, ilustrador II. Gaviria, Mauricio, editor

CDD: 781.6268861 ed. 23

CO-BoBN- a1136603

Historiando mi cantar

Primera edición, abril de 2024

Bogotá, Colombia

© 2024 Jorge Velosa Ruiz, texto

© 2024 Miguel Bustos Gómez (Zursoif), ilustraciones

© 2024 Editorial Monigote S. A. S, de esta edición

ISBN: 978-628-95240-9-3

Edición: Mauricio Gaviria

Diseño y diagramación: Martha Cadena

Revisión de textos: Emma Ariza

Impresión: Panamericana Formas e Impresos S. A.

contacto@editorialmonigote.com

www.editorialmonigote.com

Está prohibida la transmisión y la reproducción parcial o total de este libro, en cualquier forma y en cualquier medio, sin permiso escrito de los titulares del copyright. Todos los derechos reservados.

Impreso en Colombia - *Printed in Colombia*

Historiando mi cantar

Un viaje por la carranga

Jorge Velosa Ruiz

Historiando mi cantar

Un viaje por la carranga



Índice

Prólogo	9	SEGUNDA JORNADA: de “Amorcitos en domingo” a “Solita con mi chinito”	109
Presentación	13	Amorcitos en domingo	111
PRIMERA JORNADA: de “El carranguero” a “El Jirinaldo”	17	Caballito de acero	113
El carranguero	19	La gotica de agua	115
La Florecita	23	Las diabluras	119
Julia, Julia, Julia	25	Por fin se van a casar	122
La china que yo tenía	28	Señorita Olga Lucía	125
El saseño	30	Te digo adiós	127
La coscojina	33	Dale que dale	130
La cucharita	35	El cascabelito	133
La deseadita	38	El corazón remitente	135
La Rosa mentirosa	40	La mula de don Roberto	137
El amor es una vaina	43	La rumba del padre Adán	140
Rosita, la de las cartas	46	Los fines de año me ponen triste	143
Silvita, la condenada	48	Usted es mi país	145
¿Bailamos, señorita?	50	Es por tu amor	148
El caramelito rojo	53	La muchacha del conejo	151
El pastuso carranguero	56	La pobre María	154
La chucula está fría	58	La rumba coja	157
La Pirinola	60	El birimbao	160
La raquireña	64	El perrito de José	163
El tinterillo	66	La contesta	166
El parlante de mi pueblo	69	La demanda del vecino	169
La chanchirienta	72	La lengua chismosa	171
La guitarrita puntera	75	La tocanita	175
La rumba de los animales	78	Me echó la novia	178
Soldadito de la patria	80	Pajarito mentiroso	180
Volvió la venezolana	83	Si mi hermana se casara	183
El pedimento	85	Por un televisor	185
El testamento del armadillo	93	El borrador	187
Las mentiras	98	Estrellita errante	189
Chichajuetes	102	La de la esquina	192
El Jirinaldo	104	Los consejos de mi taita	194
		Los cuatro palitos	197
		El cielo dice que sí	199
		La carrangosa	202
		Las siete yerbas	204
		No me escribes, no me llamas	207
		Palomita de ojos verdes	210

Vengo de Iguaque	212	Planeta Tierra	322
Yo también soy un boyaco	214	Póngale cariño al monte	324
Canto a mi vereda	216	Boyaquito sigo siendo	327
La Jilomena	219	Cuando yo tenía y podía	329
La quitasueño	221	Sin dinero y sin calzones	332
La tía Carmela	223	Una misma calavera	335
No te voy a olvidar	226		
Sabadín sabadón	229	CUARTA JORNADA: de “Cuando	
Solita con mi chinito	232	yo me baño” a “Señor Año Nuevo”	337
		Cuando yo me baño	339
TERCERA JORNADA: de “De sábila		Cómo le ha ido, cómo le va	343
es la matica” a “Una misma calavera”	235	Dónde estarán tantán	346
De sábila es la matica	237	Que viene un angelito	348
La Dioselina	240	El chichirochío	351
El bajacocos	243	El chirimóyilo y la guayábula	354
El boyaco currambero	246	El marranito	356
El celestino	249	El moño de las vocales	358
El pitico	252	Las diez pulguitas	362
Ingrata cara de gata	254	Las adivinanzas del jajajay	365
La rumba del bosque	256	La gallina mellicera	368
Las dos mocitas	258	Lero, lero, candelero	370
Palomita fugitiva	261	Mocoqueco	372
Alerta por mi ciudad	264	La carranga es libertad	375
Dígame, señor coplero	268	Para con papas y ají	378
El gallito carranguero	271	El cagajón	380
El miserere	274	Donde te encuentres	382
La mitad de la vida	277	El maleficio	385
La pobre viuda	279	El regreso de la china	387
La rumba de las flores	282	El rey pobre	389
Los quediranes	285	La ley del billete	391
Pelaste el cobre	287	Mariposita de mil colores	395
Su novia y mi mujer	290	La flor de un día	397
Buenos días, campesino	293	Los latinajos	400
El cuchumbí	295	Mi burritorrito	403
Eso le pasa por calabaza	298	Mi compadre chulo	406
La cojita del Tesoro	302	Por querer una puentana	409
La pasilladora	304	Por un beso que me dites	412
Llevando del bulto	306	Qué mujer más bella ella	415
Margarita, la bonita	309	Flor de papel	418
Plegaria radiofónica	312	Qué solita está mi tierra	420
Qué pena con mi vecina	315	Solecito sabanero	423
Debajo del arrayán	317	Señor Año Nuevo	426
El raquireño	320	Cancionero	429

Prólogo

POR MARCO VILLARREAL OTERO*

Si de juglares se trata, dicen muchos que don Velosa es el último de por estos lares. Entre chiste y chanza, durante más de 45 años de vida artística, Jorge Luis Velosa Ruiz ha publicado alrededor de 200 canciones de su propia autoría, convirtiéndose así en uno de los artistas vivos más prolíficos de nuestro país. “Versónicamente”, como él mismo lo manifiesta, ha cimentado su obra cantando y contando lo que ha vivido en la tierra que lo vio nacer y en el universo carranguero que lo ha visto crecer. A estos ha brindado todo su arte, siempre jugando con las palabras; jugando y “jugando”, como también él lo dice.

Aparte de sus canciones, repartidas en más de 20 producciones discográficas, Velosa ha escrito tres libros antes de *Historiando mi cantar*. El primero, *La cucharita y no sé qué más* (1983), viene a ser un preámbulo del que tenemos en nuestras manos. En esa publicación nos contó las historias que inspiraron las canciones grabadas entre 1980 y 1982 por Los Carrangueros de Ráquira, agrupación con la que se gestó la carranga como género musical.

Treinta y ocho años después, en 2021, Velosa publicó *El convite de los animales* y en 2023 salió a la luz *Abuelo de pájaro*. Juntos los dos, como se dice en su tierra, son una oda al verso. El primero, lleno de formas poéticas, es una enciclopedia de la rima inspirada en el saber popular. El segundo está pensado para los más chikorios, pero lo más seguro es que quien se lo tope también se “chicorice” leyéndolo. *Historiando mi cantar* le agarra la piola al mencionado primer libro, que da cuenta de la primera etapa “carrangogrupal” de Jorge Velosa, y le suma las demás.

Después de Los Carrangueros de Ráquira, agrupación que grabó tres producciones discográficas con canciones tan memorables como *La cucharita*,

* Músico de profesión, carranguero de crianza y de corazón, intérprete, gestor, investigador y profesor.

Julia, Julia, Julia, La china que yo tenía y La Pirinola, Velosa hizo un paréntesis en el baileto para cantar y relatar historias de una manera diferente, pero no menos carranguera. En esa pausa invitó a un amigo y dos amigas a rascar los palitos, echar cuentos y cantar cantas guabineras que habían sido recopiladas tiempo atrás por el autor en sus andares boyacosantandereanos. De esta reunión surgió el disco *Cantas y relatos*, publicado en 1983.

Un año después, como fue costumbre de ahí en adelante y por un buen rato, Velosa no perdonó disco en cada vuelta al Sol. La novedad fue la juntanza con la célebre familia de músicos santandereanos, los hermanos Torres, a quienes conocía de años atrás y de quienes admiraba su “saborcito” al surrunglear y cantar merengues. Con ellos hizo migas para grabar en socia varios de los discos y las canciones más bailetas de su carrera. La agrupación Velosa y los Hermanos Torres constituye su segunda etapa, en la que grabó éxitos como *Por fin se van a casar, La muchacha del conejo y Las diabluras*.

Esta sociedad, con una sonoridad muy diferente a la de Los Carrangueros de Ráquira, duró siete años y, poco a poco, se fue transformando en la que luego se llamó Velosa y los Carrangueros, su tercera etapa grupal y por la que pasaron, entre 1992 y 2011, integrantes muy variopintos que le dieron diferentes sabores al sancocho musical. Grabaron diez discos con obras que hoy son referentes de la carranga, como *El rey pobre, La gallina mellicera y Póngale cariño al monte*.

En su última alineación, Velosa y los Carrangueros se juntaron con la Orquesta Sinfónica Nacional para grabar *Carranga sinfónica* en 2011, un disco en el que, con arreglos hechos por diferentes colegas, se reinterpretaron varios de los éxitos y de las obras más significativas de Jorge Velosa que, entre otras cosas, ayudaron a constituir lo que desde hace un buen rato se conoce como el género carranguero.

Esta amplia historia musical se ha construido a punta de pequeñas historias. Historias que se han convertido en canciones; historias que le han sucedido al mismo autor, a familiares, amigos y relacionados; historias o cuentos maravillosos que han surgido de conversas, recuerdos, viajes e, incluso, de una copla popular a la que Velosa le ha encontrado el quiebre para armar todo un relato. Son historias de una persona que ha gozado de la vida y que, como buen boyaco, ha estado atento a sus detalles, sin que se le escape

una. Como me lo dijo él alguna vez, son historias que se nos meten por los pies para hacernos revolar en cuadro, se suben e instalan en el corazón y echan más pa'riba, hasta el tuste, para ponernos a pensar en lo bonito y lo no tan bonito de la vida.

Si de temáticas se trata, en *Historiando mi cantar* encontramos de todo: desde amores humanos, como *Amorcitos en domingo*, hasta amores perrunos, como *El perrito de José*, pasando por la novela de Rosa y su enamorado en sus diferentes capítulos, como *La Rosa mentirosa* y *El amor es una vaina*. También encontramos observaciones sensibles de la ruralidad que se transforman en una aguda crítica social, como *El rey pobre* o *Qué pena con mi vecina*; tragedias guaraposatíricas como *La Dioselina*; relatos fantásticos como *Las diabluras* y hazañas de tipo cinematográfico como *El carranguero*.

El libro nos cuenta, además, cómo fue que Velosa llegó a escribir *Si mi hermana se casara*, quiénes por fin se casaron y a dónde fueron a parar *La gotica de agua* y la misma *cucharita*. Y si queremos entender la diferencia entre pela, pelea, peladura, pelona y otras cuantas peles, bastará con remitirnos a la historia de *Pelaste el cobre*.

Historiando mi cantar puede abordarse como una “enciclopedia carranguera”, se puede recurrir a él como cancionero en fiestas y karaokes, o se puede leer de un solo totazo para calmar las ganas de chisme. Ahora, si usted es carranguero de profesión, le servirá como insumo e inspiración para echar parla “a lo Velosa” en tarima, antes o después de interpretar alguna canción de las historiadas. Y si es cancionador, le puede ayudar a abrir la mollera a manera de método, encontrando que muchas de las letras se han construido a partir de una infinidad de formas poéticas, diferentes a la copla cuarteta octosílaba tradicional.

Brincando de aquí pa'llá y de allá pa'cá, como en el baile carranguero, con una desbordante riqueza en el lenguaje, Velosa nos enseña a vivir la vida en verso. Como lo sugiere en la historia de *Sabadín Sabadón*, seguramente sería más fácil memorizar y recordar los sucesos deteniéndonos en algo que ocurre brevemente, dándole vueltas para encontrarle el ritmo y el sonido, y dejando que “versónicamente” germine en uno, para que luego perdure como canción.

De muchas formas se puede leer este libro y desde cualquier lectura será evidente que es una muestra elocuente y poderosa de cómo, sin importar qué tan sencilla es una historia, si es contada con gana, con mañita y con el corazón, puede ser grande e imborrable. Junto con los tocares y cantares, eso es lo que ha hecho de la carranga un género complejamente sencillo, así como también un género necesario para retener los relatos que tan a menudo quedan en el olvido.

Con *La cucharita* y tantas otras canciones pasa lo mismo que con las coplas: que ya no son de quien las compuso, sino de quien las canta. Son del campesino y son de todos, porque campesinos somos todos. Y no solamente siguen sonando a muchas voces, sino que también siguen transitando trochas viejas y abriendo nuevos caminos.

Como lo dice Velosa en la historia de *Dale que dale*, “una de las bonituras de la música carranguera es que nos libra de las maneas, las ataduras sociales, para permitirnos bailar a nuestro antojo y sin complejos en cualquier lugar donde nos ponga la vida, como lo hacían nuestros mayores en las romerías, las fiestas de la cosecha, las celebraciones por la lluvia o las nacencias, y en otros andares en junta”.

Así, en junta, seguimos.

¡Adentro estamos!

Presentación

Hay un juego que me gusta
y me llena de emoción;
y es jugar con la memoria
a inventarnos una historia
y volverla una canción.

Hacia 1976, recién egresado de la Universidad Nacional, viajé a Ciudad de México, donde, por una corta temporada, presenté un recital de coplas, canciones y poemas. Entre una y otra, compartía con el público un comentario, una anécdota o una historia que aludiera a cada obra.

En la tercera presentación me percaté de que dos de los espectadores habían asistido a los recitales anteriores. Entonces, los saludé, les agradecí su concurrencia y me disculpé con ellos por repetir el mismo programa. La respuesta de uno fue: “No te preocupes por el repertorio, ya te lo conocemos; lo que nos sigue gustando es lo que dices entre canción y canción”. Desde entonces, mantengo la costumbre de decir unas palabras antes de presentar una obra. Y ese es el propósito de esta breve introducción: contar el cuándo, el cómo y el porqué de este libro.

Llegué al canto para espantar los espantos de mis noches veredales infantiles, cuando por quedarme oyendo las historias y las coplas de la obrera en la casa del campo, se me hacía tarde para regresar a dormir a la casa del pueblo; entonces, enfrentaba las sombras del camino con algunas de las coplas y tonadas que sabía de oídas, y otras que me inventaba.

Viví mi infancia en el campo. En la escuela primaria, en los quehaceres de la finca y en el goce jugarro y travesuril con mis amigos se tallaron para siempre en mis adentros las viandas del entorno campesino. Tenía diez años cuando me “deportaron” a estudiar el bachillerato en Bogotá, donde nuevamente recurrí al canturío y los saberes campesinos para defenderme de los marginantes fantasmas de la urbe y del matoneo colegial. Luego, ingresé a la Universidad Nacional y allí, en paralelo con la carrera, me acerqué

al movimiento estudiantil y participé en él, también echando mano de las im-
prontas culturales de mi crianza, para crear y recrear poemas, coplas y can-
ciones de contenido social con las que se iniciaría una etapa de mi vida que
he llamado precarranguera.

Al terminar la universidad, trabajé dos años organizando las activida-
des culturales de la UPTC en Tunja; luego, salí por un tiempo corto del país
y regresé para instalarme por ocho años en la laguna de Fúquene, donde, a
la par con mi actividad finquera, empecé a ejercer como cronista musical de
la vida veredal. En junta con algunos de mis viejos compañeros, se inició así
otra etapa de mi vida, la propiamente carranguera, cuyo desarrollo y consoli-
dación narro a paso largo en la primera jornada de este libro.

Historiando mi cantar contiene el detrás de cámaras o el “debajo de la
ruana” de 23 producciones discográficas, decenas de giras musicales por
todo el país, y otras vivencias y andares; es casi una autobiografía que deja
plantado un testimonio y, a su vez, busca aportar una siembra al jardín del
saber popular.

Esto dijo el armadillo
bajando por la colina:
¡Viva el campo, viva yo,
el vecino y la vecina,
y viva quienes pregonan
la cultura campesina!

Son casi cincuenta años de vida carranguera. Con el pasar del tiempo,
y por distintas hebras que se han ido entretejiendo, la carranga se ha consoli-
dado como un género que ya hace parte del patrimonio musical de la nación,
que entraña una identidad cultural y que, en mi caso, también se ha conver-
tido en una forma de ver y vivir la vida.

¿Por qué la carranga es un género musical y qué es lo carranguero? son
dos preguntas que frecuentemente me hacen. A la primera cuestión, palabras
más, palabras menos, he respondido que lo es porque tiene una instrumenta-
ción ya tradicional: tiple, requinto, guitarra, guacharaca y, a veces, armónica
o dulzaina; dos ritmos básicos (rumbas y merengues), cada uno con muchas
variantes: las rumbas, por la influencia agazapada de la rumba criolla y el

paseo vallenato, y los merengues, por el amancebamiento rítmico entre el torbellino, el joropo y el merengue vallenatero cuerdiao; una narrativa sonora que divierte, propone, expone y enseña, especialmente sobre la vida campesina y la naturaleza; unas canciones nacional y regionalmente emblemáticas; un bailao que marca y arrejunta; una indumentaria de ruana y sombrero que comunica y arropa por dentro y por fuera; una cantidad innumerable de grupos carrangueros, incluso de niños y jóvenes, más que todo en la provincia; y un público, en su mayoría campesino, que nos jonjolea, que se ha apropiado del género y que ha hecho de él un elemento de identidad, de esperanza y de paz en su día a día.

Ahora, ¿qué es lo carranguero? Es canto, pregón y sueño, pensamiento, palabra y obra; un amor cotidiano con la vida y sus querencias, y un compromiso con el arte popular; la carranga es paz, la carranga es libertad.

Somos hablares, historias,
copla, canto y poesía;
eso es lo que pregonamos,
eso es la carranguería:
un abrazo musical,
un pacto por la alegría,
o dicho en pocas palabras,
somos un canto a la vida.

Para ser el género musical que es hoy en día, la carranga ha recibido aportes de distintas orillas, quehaceres y pareceres: tanto de quienes en sus albores nos dejaron su huella creativa y sabedora como de quienes con el tiempo a favor y a veces en contra la hemos seguido pregonando; desde cientos de agrupaciones, comunicadores, investigadores, artistas, hasta medios de comunicación, concursos, encuentros, espectáculos y, muy desde luego, la querencia popular.

También han hecho su contribución todos y cada uno de los integrantes de nuestra agrupación en sus distintas etapas: en Los Carrangueros de Ráquira, Javier Moreno Forero (q.e.p.d.), Javier Apráez Villota y Ramiro Zambraño; en la grabación de *Cantas y relatos*, Lucía Pulido, Catana Bravomalo e Iván Benavides; en Velosa y los Hermanos Torres, Juan de Jesús Torres (q.e.p.d.),

Delio Torres Ariza y Argemiro Torres Ariza (q.e.p.d.); en Velosa y los Carrangueros, José Luis Posada, Jairo Rincón, Jorge González Virviescas, Luis Alberto Aljure Lis, cariñosamente llamado Guafa (q.e.p.d.), José Fernando Rivas y Manuel Cortés; y en el disco *Carranga sinfónica*, todos los integrantes de la Orquesta Sinfónica Nacional y su director, el maestro Eduardo Carrizosa Navarro.

En 2020, estando en el campo haciéndole el quite a la pandemia y dedicado a trabajar en mi libro *El convite de los animales*, fui invitado a celebrar la transmisión número 100 de un programa que Jaime Castro hacía a través de la emisora comunitaria de San Miguel de Sema. En ese espacio estuve contando la historia de varias de mis canciones, echando mano y labor de algunas de las que había escrito en 1983 para un breve libro que se tituló *La cucharita y no sé qué más*. Como despertaron mucho interés, fui invitado nuevamente a compartir más historias el sábado siguiente, ahora por la emisora virtual *La voz del olvido*, que Jaime había fundado en su tinjaqueña casa veredal. En esos espacios radiales seguí creando y contando historias, hasta completar casi 100 entregas.

Dichos programas sabatinos tuvieron muy buena audiencia y acogida; fueron varios los oyentes que preguntaron si las historias se conseguían por escrito, y ahí nació la idea de este libro, a partir de la reelaboración, a ratos ficcionada, de una selección de aquellas narraciones, siguiendo el rastro de los discos publicados e incluyendo las letras de las canciones, a manera de cancionero. Como sucedió con *El convite de los animales* y *Abuelo de pájaro*, Editorial Monigote se interesó en publicarlo, y helo aquí en sus manos, para que lo recorran en cuatro jornadas.

Agradezco a quienes lo han hecho posible con sus aportes musicales, literarios, académicos y editoriales. Gracias a informantes, protagonistas, familiares y amigos; gracias a los copleros, cantores y juglares de todos los tiempos y lugares; a la revisora de textos, al prologuista, a la diseñadora y al ilustrador. Gracias al pueblo colombiano, en particular a los campesinos, que no solo me lo han dado todo para volverme canción, sino la vida misma, esta vida a ratos tan bonita y a ratos tan jodida.



PRIMERA JORNADA

De “El carranguero”
a “El Jirinaldo”

El carranguero

Cuando finalizaba la década de los setenta, me establecí en las veredas Quicagota y San Cayetano, situadas en la “costa” oriental de la laguna de Fúquene, región donde la música carranguera tiene buena parte de su historia. Allá viví alrededor de ocho años.

Entre los vecinos casi nunca nos negábamos un favor; cada quien daba de acuerdo con lo que podía y sabía hacer. Dependiendo del caso y la necesidad, yo optaba por tal o cual actividad, asumiendo el rol de uno u otro personaje: ora que convirtiendo mi carriola en ambulancia, ora que veterinario, que escribiente, transportador, consejero de amores, mandadero, rezador, etcétera. Y así tuve muchos cargos y encargos ocasionales; incluso llegué a ejercer como cura en un velorio, dada mi experiencia como monaguillo en Ráquira, mi pueblo.

Por aquella época, una de las solicitudes que más frecuentemente recibía era la de “si me hace el favor y me lleva un carranguito a Ubaté”, que en ese tiempo era la capital mundial de la carranguería. Y es que el presupuesto de los vecinos quedaba pelando bola cuando perdían un animal a causa de un accidente o una enfermedad; por eso, siempre trataban de recuperar cualquier cosa del finado, así fuera el mero cuero. Y, claro, tampoco faltaban quienes compraban todo aquello: los carrangueros de verdad pa Dios.

Lo que narra *El carranguero*, este merengue joropeado estilo romance libre, ocurrió tal y conforme se canta, incluidos los dos mil trescientos cuarenta pesos que en ese entonces se perdieron. Faustino, el dueño del carranguito del cuento y “gerente” de la tienda Morrocaliente, la más fría de la comarca, estaba en sacanzas de papa y si dejaba tirado el siembro por irse de carranguero, corría el riesgo de perderse el mercado papero del domingo en Guachetá. Y ahí fue cuando me soltó el “si me hace el favor y me lleva un carranguito a Ubaté”. De modo que, ya al pie del finadito y para colaborarle al dueño, terminamos tasándolo en el probable precio que por él darían, más lo de los gastos. Fue así como Faustino cogió camino rumbo al cultivo para seguir sacando sus turmas, y mi asistente Tiberio y yo arrancamos para

Ubaté, a vivir y sufrir al dedillo lo que cuenta la canción, una de las aventuras más desvioladas que me hayan ocurrido.

Junto con *La florecita*, *El carranguero* fue una de las dos canciones que, en representación de las veredas Quicagota y San Cayetano, llevamos al Concurso Guitarra de Plata Campesina (1979), organizado por la emisora Radio Furatena, de Chiquinquirá. Nos inscribimos como Los Hermanos Rodríguez, un grupo de amigos con quienes hacíamos música en Bogotá desde que éramos estudiantes universitarios. El nombre que nos pusimos obedeció a que muchos veredales llevaban el apellido Rodríguez.

La gran acogida y la consternación que esta canción generó fue lo que prendió la vela para que realizáramos luego un programa de radio regional a nuestro modo y pensar, y para que tuviéramos el atrevimiento de cambiarnos el nombre a Los Carrangueros del Ritmo. Pero, una semana después, por sonoridad y mi pertenencia pueblerina, este nombre devino definitiva e históricamente en Los Carrangueros de Ráquira. Por otro lado, y sin dudarlo, el propietario de la emisora nos aceptó la propuesta del programa radial y al sábado siguiente ya estábamos al aire con *Canta el pueblo*, espacio que abríamos con esta copla:

Canta el pueblo porque tiene
muchas cosas que cantar.
¡Viva el que se echa una canta,
viva el canto popular!

El carranguero

RITMO: merengue joropeado

MÚSICA Y LETRA: Jorge Velosa Ruiz

Señores voy a contarles,
tratando de ser sincero,
en la que yo me metí
por andar de carranguero;
y no es que sea oficio malo,
porque yo he visto que es bueno,
lo que pasa es que hay que ser
avispaio y no pendejo.

Fue un sábado en la mañana,
dos de diciembre, por cierto,
cuando, por aquellas vainas
de ser uno como atento,
me encontré con Valeriano,
quien me salió con el cuento
que arriba en Morro Caliente
dizque un toro se había muerto.

Y más por novelería
que saber de qué murió,
llegué al sitio en dos boliones
pa cerciorarme mejor;
pregunté por el carrango
y un joven me respondió
que ya lo tenían colgao
pa que no le diera el sol.

Como en otras ocasiones
ya había hecho yo el favor
de llevar otros carrangos
donde pagaran mejor,
Faustino, que era el dueño,
me planteó la situación
y quedamos en que al rato
volvería con el camión.

No recuerdo si fue él
o si de pronto fui yo
el que propuso el negocio
que por fin se realizó;
lo cierto fue que el señor
de su carrango salió,
y a mí me tocó el encarte
del que el hombre se salvó.

Y pa completar la cosa
y acabar'le rematar,
lo negociamos a oscuras
sin ver el color fatal,
color que por el camino
de rojo pasó a morao,
y un olorcito, señores,
como de perro mojado.

Algo yo ya presentía,
por eso no me fui solo,
llevé a Tiberio también
por aquello'el si de pronto,
y menos mal que fue así,
porque pude compartir
las peripecias de un viaje
que no vuelvo a repetir.

Llegamos con el carrango
en eso'e las diez y media
y dimos la vuelta'e plaza
buscando alguien pa la venta.
Yo sí veía que las gentes
por las calles nos miraban,
lo cual me dio mala espina
y paré pa ver la vaina.

Comprendí rápidamente
el porqué de las miradas
y les confieso, señores,
que a mí me dio como vaina;
lo que no me explico aún
es cómo sacó las patas,
si las teníamos envueltas
en el cuero y en la carpa.

Menos mal, recuerdo ahora,
que al pasar por el cuartel,
la policía no vio nada,
porque yo iba a más de cien,
que si vamos más despacio
o se me ocurre parar,
allá estaríamos todavía
junto con el animal.

Nos fuimos buscando un cliente
hasta en los pueblos vecinos
y ya estábamos dispuestos
a tirarlo pu'el camino,
y ya en eso de la una
regresamos nuevamente
al pueblo, donde un carrango
dicen que nunca se pierde.

Nos paramos a la entrada,
como esperando un milagro,
hasta que por fin un loco
preguntó por el carrango,
lo miró como quien mira
una cosa sin querer,
y yo que me saraciaba
pa que se fuera con él.

Así se va terminando
la historia que comencé,
porque el loco se hizo cargo
y en verdá no sé por qué,
lo cierto fue que perdimos
mucho más de por mitá,
pero había que realizarlo
a como diera lugar.

Y si aún quieren saber
de la pérdida completa,
exactamente que fueron
dos mil trescientos cuarenta;
se perdió, pero nos queda
de un carrango la experiencia,
costosa como un berriondo,
pero al fin y al cabo buena.

Y si la canto yo aquí
es pa que tengan en cuenta
que un carrango no se compra
sin antes mirar la fecha,
porque puede suceder,
como a mí me sucedió,
que, por ser fin de semana,
el carrango se perdió.